


Víctor Giraud

Las hermanas de los grandes hombres. Enriqueta Renan.

(Traduc. para ATENEA)

¿Te acuerdas, desde el seno de Dios, donde reposas, de esos largos días de Ghazir, cuando, solo contigo, escribía estas páginas inspiradas por los lugares que acabábamos de recorrer? Silenciosa a mi lado, releías cada hoja y la volvías a copiar, apenas escrita; y el mar, las ciudades, las hondonadas y las montañas se extendían a nuestros pies. Cuando la luz penetrante del día dejaba brillar el innumerable ejército de estrellas, tus preguntas finas y delicadas, tus discretas dudas, me volvían al objeto sublime de nuestras comunes meditaciones. Me dijiste un día que amarías este libro, en primer término porque había sido escrito contigo, y además porque te complacía. Si a veces temías que le fuera contrario el juicio del hombre frívolo, siempre creíste que agradaría a las almas verdaderamente religiosas. En medio de aquellas dulces meditaciones, el ala de la muerte nos abatió juntos; el sueño de la fiebre nos sorprendió a la misma hora, ¡y me desperté solo!... Ahora, tú duermes en la tierra de Adonis, cerca de la santa Byblos y de las aguas sagradas donde las mujeres de los misterios antiguos se acercaban a confundir sus lágrimas. Révelame, oh, buen genio, a mí, a quien tanto amabas, esas verdades que dominan la muerte, nos impiden temerla y casi nos la hacen amar.

 E habrá reconocido en estas palabras la delicada dedicatoria de la *Vida de Jesús*. Era preciso citar estas líneas.

Mejor que todos los comentarios, nos revelan la profunda y secreta acción que ejerció sobre el destino y la obra de Ernesto Renan «el alma pura de su hermana Enriqueta», «la persona que tuvo la más grande influencia sobre su vida».

I

Tenía doce años más que su hermano, y había nacido como él en Tréguier, el 22 de Julio de 1811 *. Aun hoy esta pequeña ciudad del litoral bretón, fundada otro tiempo por un monje y que durante nueve o diez siglos fué ciudad episcopal, ha conservado su austero encanto recogido y triste. Agrupada en torno de la vieja catedral, con sus largas calles desiertas bordeadas de antiguos conventos, sus viejas mansiones de canónigos rodeadas de jardines, sus declives de techos rústicos, se conserva esencialmente tal como era hace cien años, con el carácter de ciudad eclesiástica, ignorante y altivamente despreciadora de las brillantes vulgaridades de la vida moderna. Toda el alma de la antigua ciudad se ha refugiado y como recogido en la admirable catedral, cuyas altas y audaces naves, y cuyo campanario esbelto y atrevido suben con tan noble esfuerzo hacia el cielo. Entrad allí al caer el día: cerca de la tumba de San Yves, encontraréis aun vivas las impresiones que mecieron la infancia de Enriqueta y de Ernesto Renan. «En la tarde, escribe este último, se la dejaba abierta mucho rato a las plegarias de la gente piadosa; alumbrada por una sola lámpara, llena de esa

* *Henriette Renan: Souvenir pour ceux qui l'ont connue.* Este opúsculo de 77 páginas in-8.º, fechado en París, Septiembre de 1862, no había sido impreso sino en cien ejemplares, ofrecidos por Renan a sus amigos. Ha sido reimpresso en 1895, con ilustraciones de Henri Scheffer y Ary Renan, con el título *Ma sœur Henriette* (Calmann-Lévy), y reproducido al principio de *Lettres intimes* (1842-1845) de Ernesto y Enriqueta Renán (C. Lévy, 1896).—Véase también Ernesto y Enriqueta Renan, *Nouvelles lettres intimes* (1846-1850), C. Levy, 1923; Ernesto Renan, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, 1883; *Lettres du Séminaire* (1838-1846), 1902; E. Renan y M. Berthelot, *Correspondance* (1847-1892), 1898; Carlos Le Goffic, *Une déracinée: Henriette Renan* (en *l'Ame bretonne*, Champion, 1902).—Cf. aún Juan Pommier, *Renan d'après des documents inédits*, Perrin, 1923; y Pedro Laserra, *la Jeunesse de Ernest Renan*, 2 vol, Garnier.

atmósfera húmeda y tibia propia de los viejos edificios, el enorme barco vacío resonaba de infinito y de espantos».

Aquí es, en «este nido de sacerdotes y de monjes», en este medio «lleno de poesía y de dulce tristeza» donde Enriqueta Renan pasó su infancia y su primera juventud: allí se formó en su rostro «un sello indestructible», y desde luego, el placer de la vida interior. La modesta casa de los Renan estaba a dos pasos de la catedral. Poseían unas tierras que nada les rendían. El padre era marino: había servido a la marina del Estado; después fué capitán de navíos por su propia cuenta. Pero poco a poco se fué dejando llevar a un comercio considerable. Era un hombre sentimental y tímido, indefenso en la lucha por la vida, totalmente inepto para los negocios, y perdió en ellos la pequeña fortuna heredada de sus mayores. Entonces se dedicó a viajar. Pero un día de Junio de 1828, la tripulación del barco que gobernaba, el *San Pedro*, volvió sin él. Algunos días después se encontró su cadáver en una playa lejana. ¿Qué había ocurrido? ¿Accidente o suicidio? No se sabe. Fué para este humilde hogar tan unido, no sólo una profunda aflicción, sino la pobreza, casi la miseria, una miseria que la pobre viuda con sus dos hijos menores fué a «esconder» a Lannion, en casa de su familia materna. Mme. Renan era viva y alegre, y su firme optimismo, que su hijo heredó, había sobrevivido a sus desgracias. Muy piadosa, poco instruída, poco abierta a lo nuevo—los ferrocarriles le parecían una invención diabólica,—era, sin embargo, aficionada a la lectura; su libro de horas, cánticos y folletines, eran su alimento intelectual. No vivía sino para sus hijos, y en la profunda ternura que éstos no cesaron de prodigarle, encontró toda la felicidad que la vida debía reservarle aún.

Al cabo de tres años, volvió a Tréguier. Alán, el mayor de sus hijos, que tenía diez y nueve años a la muerte de su padre, se había dirigido a París, donde «empezó esa vida de trabajo y de constante aplicación que jamás habría de tener la recompensa que se le debía». El pequeño Ernesto acababa de cumplir nueve años; Enriqueta estaba próxima a los veinte. Se ase-

mejaba a su padre, a quien amaba tiernamente y del cual no podía hablar sin llorar. «Una disposición melancólica la privaba de los goces vulgares y aun le inspiraba cierta tendencia a huir del mundo y de sus placeres». Unía a esto, según parece, una energía de carácter que ni su padre, ni su segundo hermano compartían. Muy temprano, la vida le había revelado su apariencia austera y triste: las desgracias paternas, las preocupaciones y las inquietudes que ellas acarreaban, todo ese obscuro drama de un destino en el cual la mala fortuna parecía gozarse, y de que ella había sido testigo impotente, toda esta amarga y precoz experiencia había templado su alma, favorecido su tendencia a la concentración, a la gravedad, a la tristeza. «Desde la edad de doce años era una persona seria, fatigada por las inquietudes, agobiada de pensamientos graves y de sombríos presentimientos».

Era muy piadosa. Educada a la sombra de la vieja catedral, hallaba en la religión alimento propio para su vida interior, la confortación moral y las esperanzas consoladoras de que su juventud tenía necesidad para reaccionar contra tantas impresiones desoladoras. Inteligente, reflexiva y estudiosa, había aprendido a leer y recitar los salmos en latín, junto a las ancianas religiosas que, arrojadas de su convento por la Revolución, habíanse convertido en improvisadas maestras de escuela. Sabía de memoria todo lo que se canta en la Iglesia; y más tarde, reflexionando sobre los viejos textos y comparándolos con el francés y el italiano, terminó por poseer prácticamente el latín. Una dama noble que se había educado cuidadosamente en Inglaterra y que, arruinada al regreso de la emigración, se dedicaba a dar clases, completó muy felizmente las lagunas de esta primera instrucción: así se formaron las bases de una cultura femenina que había de extenderse notablemente un día.

En esta vida poco esparcida, el tardío nacimiento del pequeño Ernesto había constituido una gran alegría. Como a menudo acontece en las familias, la hermana mayor se consagró a este niño débil y apacible «con toda la fuerza de un corazón tímido y tierno que siente la necesidad de amar»; le consagró inagota-

bles reservas de dedicación y de afecto que un alma femenina ardiente, apasionada, algo sombría y celosa como la suya, puede ocultar; fué para él, literalmente, una segunda madre. Y él, muy naturalmente, muy ingenuamente también, se dejó amar. Que su ternura hacia él haya sido, a la vez que muy profunda, bastante exigente y tiránica, un poco egoísta tal vez—y que se haya conservado siempre igual,—se comprende por sus propias confidencias y se conforma con lo que es de ocurrencia frecuente, a la humana realidad. En lo que toca a las cosas del corazón, el hombre, muy a menudo, recibe más de lo que da, y la mujer, nunca pagada de lo que merece, es casi siempre la obrera, consciente o inconsciente, de sus propias decepciones. Amar demasiado da ánimos para amar menos. El egoísmo está tan profundamente arraigado en el corazón del hombre, que aun en las naturalezas cultivadas y generosas, por poco que se les ayude, usurpa invenciblemente los derechos y los intereses de los demás. Ernesto Renan conservó toda su vida su carácter de niño mimado, y demasiado mimado, de su hermana Enriqueta. Refiere que cuando ella salía a las reuniones de sus amigas, se asía a sus vestidos, rogándole que volviera; y ella volvía, se quitaba su traje de salida y se quedaba con su hermano. Gesto simbólico que durante cerca de cuarenta años, ella ha renovado moralmente todos los días.

Su piedad, su falta de fortuna, su distinción de alma, el tono habitual de sus pensamientos, todo la inclinaba a la vida religiosa. Se sentía arrastrada hacia el claustro. Si no hubiera escuchado sino sus aspiraciones, habría entrado al convento de Santa Ana, en Lannion, donde el trabajo se repartía entre el cuidado de los enfermos y la educación de las niñas. «¡Ah!, escribe muy justamente Renan, acaso si ella hubiera seguido este pensamiento, habría trabajado más en bien de su reposo!» Pero había deudas paternas que satisfacer. Por otra parte, y tal vez ante todo, estaba preocupada por el porvenir de este niño que por las tardes, en invierno, llevaba bajo su manto a la Iglesia, agazapado de frío contra ella. Un día advirtió que trataba de disimular su traje viejo: lloró y, valerosamente, acep-

tando la lucha, se prometió cumplir para con los suyos la pesada tarea material y moral que la muerte del padre había dejado inconclusa. Había soñado consagrarse a Dios; y se consagró a su hermano.

Entonces fué cuando la familia Renan volvió a Tréguier. Era la víspera de la revolución de Julio. Mmc. Renan volvió a hacerse cargo de su comercio; Enriqueta se hizo institutriz. En esta nueva y difícil situación, encontró de nuevo pesados deberes. Tal vez Renan exagera atribuyéndolos exclusivamente a las «torpes pretensiones», a las «quisquillosidades mezquinas» de la vida provinciana. Era muy natural y debemos creer que las familias nobles y burguesas del país prefirieran confiar sus hijos a las comunidades religiosas y no a una institutriz particular de veinte años. Es muy posible también que las mejores cualidades de Enriqueta, su modestia, su discreción, su retraimiento, le hayan sido perjudiciales en las funciones que exigen ante todo autoridad, cierta agilidad, dotes de iniciativa y de organización. Sea como fuere, su escuela marchaba mal; se le pagaba escasamente, y ella lamentaba haber abandonado a Lannion. Le fué propuesta una plaza de maestra segunda en una pequeña institución parisiense de jóvenes. Fué en 1835: tenía veinticuatro años; aceptó y se fué «sin protección, sin consejos, hacia un mundo que desconocía».

Entre tanto, había hecho a los suyos un nuevo sacrificio. Un hombre de gran inteligencia, libre de los prejuicios vulgares, y que parece haber estado dotado de una condición superior, la había solicitado en matrimonio. «Mi hermana, ha dicho Renan, a pesar de un defecto de nacimiento a que costaba acostumbrarse—se trataba de un respigón en el mentón,—ofrecía a esta edad un extremado encanto. Las personas que sólo llegaron a conocerla más tarde, fatigada por los rigores del clima, no pudieron imaginar que sus facciones tuvieran un día una delicada melancolía. Sus ojos eran de una extraordinaria dulzura; su mano, tan fina y maravillosa como pueda concebirse». La fotografía suya que conocemos deja ver sobre todo una frente

pura y alta*. En breves palabras, ella había agradado. A pesar de una recíproca simpatía, rehusó, porque habría debido separarse de los suyos, «para quienes se pensaba que había trabajado demasiado. Prefirió la humildad a la riqueza no compartida con su familia». Una vez más volvió a guardar sus vestidos de fiesta para no abandonar a su hermano. Era de aquellas que, no sin sufrirlo a veces en el secreto de su corazón, escogen siempre el estrecho camino del más elevado de los deberes.

«Sus comienzos en París fueron horribles». Que ella haya exagerado, y Renan después de ella, la «frialdad», la «altanería», el «charlatanismo», que desde luego le chocaron, es cosa muy posible, probable aún. Pero los acontecimientos exteriores no valen sino por su repercusión en nosotros; y es innegable que Enriqueta Renan, tímida, reconcentrada, escrupulosa como lo era; sin amigos, separada bruscamente de su familia, de su piadosa y honrada tierra bretona, sufrió profundamente este destierro. Cumplió y verificó la ley según la cual en casi todos los bretones *trasplantados*, a una violenta crisis de desesperación sigue un período de liberación, de rebelión casi, contra las tradiciones de que se ha nutrido su infancia**. Renan, que también atravesó esas dos épocas, sobre todo la segunda, describió con singular fineza la primera. «Lo que hay de cruel, escribe, para el bretón, en este primer momento de desarraigo, es que se ve abandonado tanto de Dios como de los hombres. Se obscurece el cielo para él. Su noble fe en la moralidad general del mundo, su sereno optimismo, se rompe. Se ve arrojado del paraíso a un infierno de helada indiferencia; la

* M. Charles Le Goffic, en un insinuante artículo, dice, por su parte: «Según el testimonio de las personas que entonces la conocieron, Enriqueta Renan, sin ser precisamente bella, ni aún hermosa, ofrecía un encanto extraordinario. Todo era en ella gracia acogedora y comunicativa. Un leve pliegue de la boca, una curva delicada del cuello, una mirada iluminada por los más tiernos sentimientos, es bastante para atraer los corazones».

** M. Le Goffic, a quien copio esta justa observación, anota que «casi todos los bretones, desde Pélage hasta Felix Le Dantec, ofrecen ejemplo de esta extraña vuelta de espíritu». A estos nombres, pueden agregarse los de Chateaubriand y Lamennais.

voz del bien y de lo bello le parece llegar sin sonido; se complace en escribir: «¿Cómo entonar el cántico del Señor en tierra extraña?» Tal es lo que sucedió a Enriqueta. La desolación en que cayó llegó a comprometer su salud, y debió recurrir a toda su energía para perseverar y no regresar a su país.

Se recobró, no obstante. Después de varias enojosas experiencias, tuvo la alegría de que le confiaran, pues habían terminado por apreciarla, la dirección de los estudios en un instituto de enseñanza, «esta vez muy honrado». Pero aun ahora debía sufrir muchas privaciones; jamás llegará a agradecerle bastante este género de enseñanza. Ansiaba desprenderse de él. Alcanzó, después de pesado esfuerzo, los diplomas que necesitaba. Trabajaba diez y seis horas al día. Su cultura se profundizaba, extendiéndose en todos sentidos. «Estudió, nos dice su hermano, los trabajos de la escuela histórica moderna; más tarde me bastaron algunas palabras para revelarles el sentido de la crítica más fina». Renan nos deja entender a este propósito que la fe de Enriqueta, que hasta entonces continuaba siendo muy viva, no resistió a esta ola de nuevas informaciones que recogía en los libros; como si la ciencia positiva, hasta cierto punto en estado bruto, independientemente de las conclusiones religiosas que de ella se desprenden, llevara consigo necesariamente la desaparición de la fe religiosa, y como si todo no dependiera exclusivamente del particular estado de espíritu con que se aborda tal o cual estudio. Lo más probable es que un lento trabajo interior se produjera en ella; que, no estando ya cercada por su medio originario, se haya desprendido progresivamente de las ideas y preocupaciones que allí había absorbido; que haya sufrido la influencia del nuevo medio en que estaba colocada; que no pudiera hurtarse a las mil impresiones disolventes que recogía de las personas, de las cosas, de los libros; y que esta apasionada energía que constituye el fondo del alma bretona, haya reaccionado tanto más vivamente contra sus creencias atávicas, cuanto más fuertemente impresas en ella habían estado. Así, pues, cuando Renan escribe, hablándonos de los estudios históricos de su hermana: «En el mismo mo-

mento, sus ideas religiosas se modificaron. Por la Historia comprendió la insuficiencia de todo dogma particular, sufrió engaño respecto de su hermana, como lo sufrió respecto a él. La historia no nos revela nada semejante a esto. ¿Como podría la historia, me pregunto, establecer lo verdadero o lo falso que haya en el dogma de la inmortalidad del alma o de la Trinidad? «No me buscarías si no me hubieras encontrado». Enriqueta, a pesar suyo, había encontrado ya la incredulidad cuando buscaba su justificación en la historia.

Esta crisis de espíritu no nos es conocida directamente. El testimonio indirecto de Ernesto Renan no es tal vez enteramente desinteresado, y tiene la desventaja de ser el único y, además, demasiado breve. Es, pues, harto difícil representarse con exactitud y describir precisamente las diversas fases de la evolución moral que separó a Enriqueta del catolicismo, los orígenes, las circunstancias, los caracteres, las peripecias tal vez, y el término final de este drama íntimo. Parece haberse prolongado muchos años, pero no haber sido demasiado doloroso, como una réplica anticipada de la crisis de conciencia que, algo más tarde, separaría a Renan del altar.

Este hermano querido con tanta ternura, seguía entonces sus estudios en el pequeño colegio eclesiástico de Tréguier. Excelente alumno, muy estimado, por su gentileza y buen carácter, de todos sus maestros, se le destinaba, y él se destinaba también muy naturalmente, a la carrera sacerdotal. Sin embargo, su vocación no parece haber sido desde luego irresistible. «Distraído a menudo» en la iglesia «parece no tener gran piedad»; su actitud allí es la de un «indiferente». Estas notas de colegio nos han sido confirmadas por su propio testimonio. «Durante los oficios, nos confiesa, caía en verdaderos sueños; mi mirada se extasiaba en las naves de la capilla; leyendo allí no sé qué cosa, *pensaba en la celebridad de los grandes hombres de que hablan los libros*». Desde los seis años soñaba escribir. Pero después de la primera comunión, su piedad es ejemplar, y aún «edificante»: su último profesor, el abate Pasco, ya no pone en duda que esté «llamado al sacerdocio». Sus éxitos de escolar

eran grandes y hacían la felicidad de su hermana Enriqueta. En Agosto de 1838 mostraba los premiados de Tréguier al médico de la institución en que ella enseñaba: el joven Ernesto tenía todos los primeros premios del tercer curso. El doctor Descuret habló de este probable ingreso al abate Dupanloup, que entonces dirigía el pequeño seminario de Saint-Nicolas du Chardonnet: se ofreció una suma que se impondría «hasta la edad de 25 años»; Enriqueta «loca» de felicidad, y a quien «la alegría privaba de todo discernimiento», se apresuró a escribir a su hermano, para quien un «porvenir entero» iba a abrirse desde ahora. Era necesario caminar con presteza; cualquiera duda debía desecharse. El 6 de Septiembre, el pequeño bretón, rebosante de alegría, desembarcaba del correo, en ese «torbellino inmenso», en medio del «bullicio que contrastaba tan singularmente con la tranquilidad» de su Tréguier natal.

II

Tenía quince años y medio. Le acometió también «un terrible acceso de amargura». Según él, «el internado le mataba»; cayó enfermo; «según todas las apariencias, estaba perdido» y habría «debido morir». No sé si en sus *Souvenirs* ha dramatizado algo sus primeras impresiones parisienses: sus cartas a su madre—a quien, sin duda, había de ocultar una parte de la verdad,—nos lo muestran satisfecho y fácilmente adaptado a su nueva vida. Estas cartas, como él lo dice, «están llenas de un fiero sentimiento», pero no «estremecidas de lamentaciones». En todo caso, trabajaba con excesiva contracción, se colocaba en los primeros puestos de su clase, y en los tres años que pasó en Saint-Nicolas, se proveyó de toda suerte de ideas e impresiones inéditas; sus anhelos de gloria literaria se precisaban. «A pesar de más de alguna inquietud», su fe permanecía intacta, y si había llegado a ser menos «ingenua», no parece haber sufrido disminución. ¿Ha sido Enriqueta más o menos responsable de las «inquietudes» a que alude Renan? No lo sabemos. En el momento en que hacía venir a su hermano hasta París,

su cristianismo había sufrido ya más de una mengua. «Mi hermana, escribe Renan, cuyas creencias católicas comenzaban a quebrantarse, veía ya con cierta pena la orientación clerical de mi educación. Pero ella sabía el respeto que merece la fe de un niño. Jamás le oí una palabra destinada a desviarme de la línea que yo seguía tan espontáneamente». ¿Es esto cierto en absoluto? ¿El autor de los *Orígenes* no poetizará un poco, con la mejor fe del mundo, su vida pasada? ¿Sería Enriqueta una mujer capaz de no dejar entrever en nada sus disposiciones nuevas? El mismo, con esa sutil vivacidad de inteligencia casi táctil que poseía, ¿no habrá presentado nada de ese drama interior que se desarrollaba en derredor suyo? Lo que viene en seguida me inspira a este respecto algunas dudas. ¡Basta tan poca cosa para poner en guardia a una sensibilidad juvenil! Una palabra, un gesto, un silencio, una entonación de la voz, una actitud involuntaria, bastan para revelar a los que nos son queridos nuestros íntimos sentimientos, para dejar en el fondo de sus espíritus impresiones, al principio apenas conscientes, pero que caminan obscuramente en ellos y que más tarde, completándose y reforzándose unas a otras, terminan por provocar reacciones imprevistas. Me pregunto si, sin haberlo deseado, Enriqueta no condujo poco a poco a su hermano al estado de espíritu en que ella se encontraba ya.

Velaba por él con solicitud maternal. Iba a verlo todas las semanas en cualquier tiempo, atravesando todo París, pues su Instituto se hallaba en Auteuil, llevándole bajo su modesto chal bretón de lana verde, el consuelo de su ternura, de su inteligencia amable y grave. Su trabajo, sus inquietudes, la vida que llevaba, habían alterado su salud; demasiado a menudo estaba enferma; lo estuvo seriamente en 1840. Su hermano parece no haber reparado mucho en sus sufrimientos, y más tarde fué preciso hacerle ver de cerca su gravedad; tenía cierta tendencia a aceptar muy naturalmente los sacrificios que imponía.

Ciertos espíritus tienen un sed inextinguible de consagración. No bastaba a Enriqueta ser la Providencia cuidadosa de su hermano; se había prometido, sólo en sí misma, satisfacer las

deudas dejadas por su padre. En este honrado país de costumbres patriarcales, los acreedores no eran exigentes: se había convenido en que Mme. Renan conservaría su casa familiar y que pagaría lo que pudiera y cuando pudiera. Enriqueta quería liquidar este pasado a toda costa. En 1840 se le hicieron ventajosas proposiciones para una educación privada en Polonia, en la familia del conde Andrés Zamoyski; aceptó, y, a despecho de las amarguras de una larga expatriación, de los rigores de un clima que no soportaba, esta vez no tuvo que arrepentirse de su resolución. La delicadeza con que se la trataba, la simpatía y la confianza con que la acogieron sus tres alumnos, el feliz resultado de sus lecciones, todo atenuaba la pena del destierro y la separación. «Ella se acostumbró en Polonia, nos dice Renan, y particularmente concibió grande estimación por el campesino polaco, en quien veía una criatura buena, dotada de elevados instintos religiosos, que le recordaban al campesino bretón, pero con menor energía.»

«¡Pobre Ernesto, escribía cierta vez a su hermano, cuánto ha sufrido mi corazón, abandonándote!» No es difícil imaginarse los sentimientos de dolorosa resignación que hubo de soportar la valerosa niña al separarse de este hermano que con tanta alegría había visto llegar a París, cuyos éxitos de escolar la llenaban de orgullo y de quien se decía «la mejor amiga». Se fué en Diciembre de 1841, atravesó la Selva Negra y la Alemania del Sur, cubiertas de nieve, se unió en Viena a la familia Zamoyzka, y después de haber franqueado los Cárpatos, llegó por fin al castillo de Clemensow, en las riberas del Bug, sombría residencia donde debía permanecer diez años. Tenía veintinueve años. Varios viajes realizados con sus alumnos por Alemania, Austria e Italia fueron para ella las más instructivas y agradables distracciones. Las cartas que durante estos diez años escribía a su hermano, y que han sido publicadas, son para nosotros la fuente más preciosa de su biografía moral.

¿Cuál era a su partida, en el aspecto que ella había considerado como esencial, su verdadero estado de espíritu? Es lo que resulta hartó difícil de precisar, pues sus cartas, sin duda

deliberadamente, guardan silencio sobre este punto. Parece que su evolución filosófica y religiosa no había terminado aún por completo; pero estaba ya bastante avanzada. Su desprendimiento de toda fe positiva iba acompañado de una fe vaga que parece no haberla abandonado jamás. «El fondo religioso que había en ella por don de la naturaleza y por el carácter de su primera educación, nos dice su hermano, era demasiado sólido para ser quebrantado. Todo este desenvolvimiento que podría haber sido peligroso en otra mujer, se produjo en ella sin veneno, porque lo guardó para ella sola. La cultura del espíritu tenía ante sus ojos un valor intrínseco y absoluto; nunca pensó obtener de ella una satisfacción vanidosa». Tal vez tenía el obscuro presentimiento de que ciertas ideas que en la mayor parte de los hombres están ligadas a la íntima moralidad podrían ser peligrosas, y en todo caso, que sería demasiado imprudente inspirarlas a otros espíritus, mediante una propaganda indiscreta.

Durante el otoño que siguió a la partida de su hermana, Ernesto Renan abandonó Saint-Nicolas du Chardonnet por el Seminario de Issy, donde debía estudiar dos años de filosofía. Este nuevo estudio le sedujo; «por nada del mundo volvería ahora a las declamaciones de la retórica. Es la ciencia de las palabras opuesta a la ciencia de las cosas». «Forma una razón inflexible; enseña a verlo todo desnudo y sin velos». Podría ser fácilmente, es verdad, una escuela de «escepticismo universal...» *Seríamos conducidos a dudar de todo*, si la naturaleza lo permitiese, y si repudiar toda verdad no fuera aun más absurdo que abrazar todos los errores». ¿Resistió siempre a la tentación el joven filósofo? «Me agrada mucho, declara en esta misma carta a su hermana, el estilo de tus pensadores alemanes, *aunque son un poco escépticos y panteístas*. Si alguna vez vas a Königsberg, *te encargo una peregrinación a la tumba de Kant*». Y aprovecha de la «libertad de espíritu» de que goza, para «reflexionar algo sobre sí mismo y su porvenir». «Acordándose *de todo lo que su hermana le ha repetido frecuentemente*, sobre la importancia «prodigiosa» de los primeros actos de la vida, se felicita de no haber ejecutado aún ninguna acción decisiva e irrevocable.

Ciertamente, la carrera que hasta ahora se propone abrazar presenta «enormes inconvenientes». «Sin embargo, agrega, después de haber sopesado muy bien mis convicciones (*todo lo quebrantadas que hayan podido quedar con mis primeros estudios de filosofía*, que siempre traen alguna exaltación), he creído que no debía arrepentirme de los primeros pasos que he dado, y que si debiera escoger nuevamente, haría la misma elección... He creído señalar que ningún otro estado era más apropiado para encontrar lo que me agrada. Una vida apartada, libre, independiente de la voluntad o caprichos ajenos, útil no obstante, en una palabra, *una vida de estudio y de trabajo*, tal es desde hace tiempo mi propósito y mi deseo... Admitido esto, debo considerar, pues, como cerrada para mí toda carrera que no sea de estudio y meditación. Desde ahora, la elección es muy simple y el problema muy fácil; por otra parte, la sublimidad del sacerdocio, cuando se le mira con elevación y verdad, siempre me ha conmovido; *aun cuando el cristianismo no fuera sino un sueño, el sacerdocio no perdería su carácter divino...*»

¿Qué responderá Enriqueta a esta carta curiosa de 15 de Septiembre de 1842, que alestigua ya una vocación tan poco sacerdotal, y aun de un cristianismo algo quebrantado? ¿Rebatirá ella sus primeras dudas, reafirmará con sus sólidos argumentos estas convicciones y estas resoluciones vacilantes? Muy lejos de esto, y como si aguardara confidencias que ella misma hubiera provocado, «sólo puede considerarse feliz» por esta grave confesión: «Mi Ernesto querido, quiero que al leer estas líneas puedas *comprender la alegría que me has dado*». E insiste en la necesidad de aplazar toda decisión definitiva: «Sí, mi buen amigo, las primeras resoluciones de la vida tienen a menudo una influencia *irreparable* sobre toda la existencia, y yo lo sentía intensamente *cuando atraía tus reflexiones acerca de esta verdad...* No temería repetírtelo, mi querido Ernesto, *y pedírtelo con ternura casi maternal*: no te ate ninguna precipitación; que seas capaz de conocer, antes de aceptarlos, los lazos que fijarán tu suerte». «Una vida retirada, libre, independiente, laboriosa y sobre todo útil; pero, ¿dónde encontrarla?»

y más «en una sociedad cuya primera base es la jerarquía y donde con razón entrevés una temible autoridad?» Seguramente Enriqueta se cuida de «refutar» lo que su hermano le dice sobre la «elevación del sacerdocio»; pero ella «plantea» tantas cuestiones y hace valer tantas objeciones, que, evidentemente, sus concesiones en lo tocante a la superioridad moral del sacerdocio son meras concesiones verbales. Aun, dejando escapar su escogido pensamiento, agrega: «Si antes hubiera dependido de mí dirigir tu carrera, no me habría conformado con dejarte entera libertad, pues entonces no eras sino un niño; *habría creído de mi deber resistir largo tiempo antes de ceder a las inclinaciones que manifestabas*». Ahora procede de modo diverso, según ella; evita dar consejos; simplemente estudia con su «hijo adoptivo» todos los aspectos del problema; la conciencia y la razón fraternales lo decidirán. Que Ernesto no se detenga por ninguna consideración familiar. «Recuerda que, *cualquiera cosa que suceda*, en todo verás compartir contigo a una hermana para quien eres el más entrañable de los afectos».

«Esta carta, llena de relicencias casi involuntarias, sólo podía dar ánimos a Ernesto Renan en su irresolución y sus postergaciones; correspondía tan bien a sus propios sentimientos, que su lectura le produjo alegría. El estado eclesiástico, con su «feliz enlace de la vida privada y pública», siempre le parecía «el ideal de la vida feliz y perfecta»; pero la realidad demasiado humana de esta vida le turbaba algo. Se consolaba con un pensamiento ya muy renaniano: «El hombre, declara, tiene siempre un recurso asegurado: es el de *recogerse en sí mismo*, y allí, vengarse, *gozándose en su interior* de todas las esclavitudes externas» Enriqueta aprobaba estas disposiciones; insistía con fuerza acerca de los inconvenientes que lleva consigo la carrera sacerdotal, especialmente en lo que concierne a «esta ansiada independencia», a la cual tanta importancia concedían ambos; a este respecto, la enseñanza pública, cuya posibilidad dejaba ella entrever, tan difícil como fuera, le parecía «harto preferible». Y estas objeciones, estas sugerencias, estos consejos, cumplían muy naturalmente su misión en el espíritu del joven filósofo.

El resultado de «sus propias reflexiones» y de los «consejos» de su hermana fué que el «llamado a la tonsura», hacia el fin de su permanencia en Issy, creyó deber aplazar su resolución, aunque todavía no tuviera nada de irrevocable. Por lo demás, esta espera, que su director aprobaba, no era, a su parecer, sino un plazo. Aun, lo que era de esperar, y lo que ha parecido sorprenderle, la resolución que ha tomado parece haberle detenido: «jamás, escribía, he creído más íntimamente, jamás mis directores me han asegurado con mayor acuerdo que la voluntad de Dios era que yo llegara a ser sacerdote». Cree, finalmente, en la posibilidad de «conservar en este estado esta dulce libertad y esta honrada independendencia, tan necesarias para la acción plena de las facultades intelectuales y morales». Y como su madre no parecía «muy afectada» por su resolución, helo aquí sin inquietudes.

Pasan algunos meses, y después de sus vacaciones en Tréguier que han restablecido su salud dañada por el trabajo y las emociones morales, entra al Seminario de Saint-Sulpice. Allí se inicia en la teología y el hebreo. Pero se le ha invitado discretamente a «dar un primer paso», y sus perplejidades empiezan nuevamente. Una resolución firme es indispensable ahora. «Pues, en fin, ¿la evitaría renunciando al estado eclesiástico? No, ciertamente: es una decisión por la decisión: y esta palabra es terrible. Si hubiera algún recurso para evitar la decisión, lo adoptaría: pero no lo hay; es un dilema de rigor inflexible». «Sus ideas, a decir verdad, no se han modificado en nada»: *lo a priori* lo seduce, y la experiencia le espanta; y la experiencia no le ha procurado desilusiones: «si persevero, concluye, no lo haré sin el sacrificio de mí mismo». Por fin, cediendo a las «solicitaciones de su director particular», se decide, en la Natividad de 1843, después de «dudas aplastantes», a recibir la tonsura. «Y desde ese momento, escribe, ocho días más tarde, a su madre, ningún acto de arrepentimiento, ni el más ligero sentimiento de temor; sino una calma y una seguridad que desde hace largo tiempo me eran desconocidas». «No sigo este camino, escribía después a su hermana, sino porque veía que no hacerlo

era seguir el camino contrario, al cual, después de todo, me sentía más opuesto. Así, pues, he debido decidirme: tanto más cuanto que el compromiso que contraía no tenía aún nada de irrevocable ante Dios ni ante los hombres». Enriqueta le había sugerido la idea de «viajar antes de su entrada definitiva en el estado eclesiástico». Él desecha esta idea por el momento; entrevé, después de sus años de Seminario, la posibilidad de pasar, para completar sus estudios, algún tiempo como profesor de Saint-Nicolas; después de lo cual, careciendo de toda afición por el «ministerio parroquial», tiene cierta esperanza de ser llamado a prestar su concurso a la fundación de una casa de altos estudios que proyecta monseñor Affre.

«Releo y celebro aun una vez más tu carta, mi bueno y mil veces querido amigo, le contesta su hermana, esta carta tanto tiempo esperada y que por fin recibo con viva alegría. *Mi corazón está puesto todo en mis cartas*; cuando este alimento llega a faltarle, mide con doble amargura la inmensa soledad que le rodea». Esta cálida explosión de conmovedora ternura, ¿habrá sido destinada inconscientemente a señalar algunas discretas reservas? Casi podríamos creerlo. A propósito del primer compromiso contraído por Ernesto: «No puedo volver a esto, *mi pobre amigo*, ni tampoco aconsejarte respecto a los que te esperan; mi primer deber, mi primer deseo es dejar plena libertad a todas tus decisiones. *¿Por qué es preciso, sí, que las adoptes en una edad en que tan mal se conocen los rudos caminos de la vida?*» E insiste; conjura a su «pobre hermano» en términos patéticos «a no comprometerse jamás con ninguna institución que lo privaría de toda libertad de obrar», a «conservar siempre su espíritu de rectitud y de verdad»; combate con vivacidad su idea de aceptar un puesto en Saint-Nicolas. «La última desgracia de mi vida, dice, sería verte caminar por direcciones que no fueran las de tu espíritu».

Ella predicaba a un convertido; y Ernesto Renan no tardaría, sobre este punto, en «calmar las sollicitaciones de su corazón entristecido». Al mismo tiempo anuncia a su hermana que ha recibido las órdenes menores, que no llevan consigo ningún

lazo, ninguna obligación», a diferencia del sub-diaconado, que le será impuesto en un año o más, y que ya le inquieta. Y vuelve por sí mismo a la idea, sugerida por Enriqueta, de un viaje de estudios: «en él hallaría el medio más simple de permitir a sus superiores aceptar un rechazo, por lo menos momentáneo»; una permanencia en Alemania le agradaría mucho, pues, dice, «siempre me ha sorprendido ver que mis pensamientos están en perfecta armonía con los puntos de vista de sus filósofos y de sus escritores», y «*mi progreso intelectual será siempre el más importante de mis pensamientos íntimos*». Naturalmente, Enriqueta animaba con todas sus fuerzas estas disposiciones que más que nadie contribuyó ella a provocar: «He desempeñado en todo esto, escribe, el desdichado papel de una Casandra: *he previsto, he predicho* la cruel incertidumbre que te atormenta: *nadie ha querido creerme*, y sola no podía resistir». Pero no se conforma con «llorar dolorosamente» con su hermano; ella sostiene su valor; le tranquiliza por lo que toca a su madre; va a hacer de manera que «esté libre durante dos años»; después de esto, él decidirá con entera libertad. «No quiero, dice, ni ofrecerte, ni aconsejarte una ruptura; pero si tus convicciones y tu conciencia te llevarán hasta allá, no temas la condenación de aquéllos cuya opinión está aislada.

(Concluirá).